ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA RECETA DE MAMÁ

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAMÓN LOBO Y JOSÉ GARCÍA-PLAZA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1896

LA RECETA DE MAMÁ

LA RECETA DE MAMÁ

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAMÓN LOBO y JOSÉ GARCÍA-PLAZA

Estrenada con buen éxito por la compañía de María A. Tubau en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona la noche del 21 de Mayo de 1896



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

AL DOCTOR

Benito Hernando y Espinosa

CATEDRÁTICO EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Dedican esta humilde receta *rogándole la mire con ojos de amistad tan grande como es respetuosa la que le profesan*

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA HERMINIA..................	SRA. LLORENTE.
ISABEL..........................	SRTA. MARTÍNEZ.
JULIA............................	MOLINA.
FERNANDO.......................	SR. MUÑOZ.
EL CONDE DEL MORAL...........	VÁZQUEZ.

Época actual

Las indicaciones del lado del actor

NOTA. Los versos marcados con asterisco pueden suprimirse ó no en la representación, según le plazca al director de escena.

ACTO UNICO

Un despacho lujosamente amueblado, pero con cierto desorden por exceso de muebles; estanterías con libros; derecha primer término, chimenea; segundo término, puerta; izquierda, ventana ó balcón y puerta; á la izquierda, una mesa ministro; en el centro, otra mesa, toda cubierta de libros; en un extremo, sobre una silla, un mono disecado; puerta foro.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, FERNANDO está dormido con la cabeza apoyada sobre la mano y el codo sobre la mesa; tiene delante un libro grande. DOÑA HERMINIA aparece en la puerta del foro con un saco de mano de viaje, y queda detenida un momento.

HERM. Pues no hay nadie por aquí.
¿Está desierta esta casa?
¡Es chocante lo que pasa!
¿Nadie me recibe á mí?
¿En dónde se habrán metido?
(Acercándose á la puerta de la izquierda y levantando el portier.
Aquí está Isabel dormida.
Esto es darse buena vida...
pero es poco divertido.
¿Y su esposo? ¡ah! ya lo veo
(Reparando en Fernando.)
¡Dormido profundamente!
Pues aquí toda la gente
se halla en brazos de Morfeo.
¿Cómo duermen separados?
¡Vaya una majadería!

¡Cualquiera al verlos diría
que se hallan recién casados!
(Sentándose.) No los he de despertar,
hasta que quieran hacerlo.

FERN. (Despertándose y restregándose los ojos.)
Me he dormido sin saberlo.
(Mirando el reloj) ¡Y mamá que va á llegar!

HERM. No va á llegar. No, señor.

FERN. Es verdad, que ya ha llegado.
(Levantándose y abrazándola.)
¡Y no nos has despertado!

HERM. ¿Soy yo algún despertador?

FERN. Nuestro sueño fué casual.

HERM. ¡Bueno! No se hable más de él

FERN. Voy á llamar á Isabel,
se alegrará.

HERM. No hagas tal.
Ten un poco de paciencia...

FERN. ¡Me choca verla dormida!

HERM. Se encontraría aburrida;
la abandonas por la ciencia
y no es extraño que enferme;
y ya estará delicada,
¿verdad?

FERN. Pues no tiene nada.

HERM. Entonces ¿por qué se duerme?

FERN. Será una de sus manías,
¡al cabo no es caprichosa!
Hoy se la antoja una cosa
y la olvida á los dos días.
Pero enferma, no señor,
no lo está.

HERM. ¡Ni Dios lo quiera!

FERN. Y si por fin lo estuviera
á su lado está el doctor.

HERM. *Es verdad, llegué á olvidar
*qué eres médico, mas, chico,
*tú eres demasiado rico
*para poder practicar.

FERN. *Pero, en cambio, la riqueza
*me deja estudiar bastante,
*que es para mí lo importante.

HERM. *¡Así tienes la cabeza!
*Y es chocante por demás.

*tu manera de ejercer;
*si á ninguno vas á ver
*á ninguno curarás.
(Con sorna.)
*Nadie dirá que hay engaño,
*tu tratamiento es seguro.

FERN. *Es verdad que á nadie curo
*pero tampoco hago daño.

HERM. *Mucho fías en tu suerte.
*Mas dejemos la cuestión
*porque en esta discusión
*siempre serás el más fuerte.

HERM. Ven; dejémosla dormir.
(Señalando el cuarto donde está Isabel y llevando á Fernando al opuesto.)
No la quiero despertar
y á solas hemos de hablar.
Un favor te he de pedir.

FERN. ¿Un favor? Pues concedido.
¡Vamos! ¡dí! ¿qué solicitas?

HERM. Pues que hagas unas visitas
á una enferma, poco pido.
¿Harás por mí esa excepción?

FERN. Sí, mamá, lo que tú quieras.

HERM. La enferma fué compañera
de Isabel en la pensión;
yo la estimo de verdad
y quiero antes de marcharme
que digas sin engañarme
si es grave su enfermedad.

FERN. Pues hoy mismo la he de ver.
Mas ¿qué es eso de partir?
¿Con que acabas de venir
y ya te quieres volver?
*¡Vaya una cuenta galana!

HERM. *Ya he visto que os hallais buenos
*y basta.

FERN. *¿Pero qué menos
*vas á estar que una semana?

HERM. *¡Anda! ¡Pobre matrimonio!
*No sabes lo que decías;
*á los tres ó cuatro días
*me enviabas al demonio.

HERM. La suegra y los trastos viejos...

FERN. No hables así, ¡por favor!
HERM. La suegra más superior
es la que vive más lejos.
*Todos lo han asegurado,
*la suegra está empecatada.
FERN. *Pues suegra es palabra odiada
*que yo nunca he pronunciado.
HERM. *Son tus frases afectuosas
FERN. *Pero si yo...
HERM. *Cierra el labio;
*tú eres demasiado sabio
*para entender estas cosas.
*Que aunque tú tienes la ciencia
*eres vencido esta vez,
*que yo tengo mi vejez
*y me fundo en la experiencia.
FERN. Tu lógica me enamora,
pero tú no ves...
JULIA (Apareciendo en la puerta del foro.)
Señor,
avisa el señor Pastor
que está enferma su señora
y ruega que vaya usté.
FERN. Dile que voy en seguida. (Mutis la criada.)
Me fastidia esta salida,
HERM. *¿Que te fastidia? ¿Por qué?
FERN. *A un estudio interesante
*ahora me hallaba entregado
HERM. *Para estar tan ocupado
*vale más ser ignorante.
*¿Tu atención absorbería
*algún problema especial?
FERN. *Pues, la Historia Natural;
*pienso en ella noche y día.
*Ahora en los monos pensaba.
HERM. *¿En los monos?
FERN. *No te asombres;
*para conocer los hombres
*á los monos estudiaba.
HERM. *Sé que sacas gran partido
*del estudio, y no cuestiono.
*(Saldrás aprobado en mono
*pero suspenso en marido.)
*No te quiero detener,

*vé la enferma á visitar,
*y de paso, al regresar,
*á la mía puedes ver.

FERN. *Serás, mamá, obedecida.
*Siento tener que salir.

HERM. *No tardes mucho en venir.

FERN. *Nada, volvere en seguida.

ESCENA II

DOÑA HERMINIA

Mi hija me llama y la pobre,
aunque exagera en su carta,
tiene motivo sobrado
para mostrarse alarmada;
su marido la abandona
para estudiar pataratas,
y en tanto un conde la asedia;
si mi yerno se enterara
lo que ha empezado en sainete
podría acabar en drama.
Es, pues, preciso evitarlo
y evitarlo sin tardanza.

ESCENA III

DOÑA HERMINIA é ISABEL

HERM. ¡Isabel!

ISAB. Mamá, ¿tú aquí?
¡Cuénto me alegro, mamá!
¿Has visto á Fernando ya?

HERM. Sí, dormido estaba allí.
(Señalando á la mesa.)
*Roncando con suave tono,
*con sueño que no me explico,
*teniendo á la izquierda un mico
*y enfrente del mico un mono.
¿Y duerme tan descuidado

en tanto que tú aburrida
también te quedas dormida
en la habitación de al lado?

ISAB. El estudio es su placer,
y á sus placeres me inmola;
estoy mucho tiempo sola
y me aburro, ¿qué he de hacer?

HERM Ya arreglará mi experiencia
lo que en tu carta se esconde.
Y dime: ¿qué hay de ese conde
que os visita con frecuencia?

ISAB. Es un gomoso, un danzante,
dueño de una gran fortuna,
esclavo de la tontuna,
y más que rico, ignorante.
*Es de modales muy finos
*y aquí con frecuencia viene
*creyendo que me entretiene
*contándome desatinos.

HERM. *¿Pero, y tu esposo?

ISABEL *Estudiando
*lo mismo que un colegial.

HERM. *Jamás oí cosa igual,
*pero ya lo iré arreglando.

ISABEL *Siempre está entre papelotes
*y prescindiendo de mí;
*no se aleja tanto así
*de sus queridos librotes.
Yo le escucho con agrado,
es de distracción pretexto,
y aunque no me gusta el texto
y está mal encuadernado,
á falta de otro mejor
libro, con sus tonterías
paso menos mal los días
y dejo en paz al doctor.

HERM. Pero, niña, ¿no reparas
que si así el asunto tomas
pueden resultar las bromas
unas verdades muy caras?
*Supón que el Conde es un tomo
*y que es un tomo ilustrado
*bien ó mal encuadernado
*y suelto ó pegado el lomo.

*El á hojearle te reta,
*tú miras la primer hoja
*y, claro, no te sonroja
*encontrar una viñeta.
*Pero prosigues leyendo,
*toma el libro confianza
*y te encuentras sin tardanza
*con un grabado tremendo.
*El Conde se hace el chiquito,
*y, siguiendo las lecciones,
*ves á los pocos renglones
*una foto-tipo-lito.
*Hasta que por fin un día
*presa por amantes lazos
*caerás del Conde en los brazos,
*y esa es la oleografía.

ISAB. Pues por eso te escribí,
que no me gusta este juego.

HERM. Más peligroso es que el fuego,
mas ya me tienes aquí.

ISABEL *Y este peligro tan grave
*¿tiene remedio, mamá?

HERM. *Pues claro, ya se verá,
*pero el doctor no lo sabe.
*Y yo, sin vacilación,
*de la enfermedad me encargo.

ISABEL *¿Tú, mamá?

HERM. *Ya me hago cargo
*que cometo una intrusión;
*mas no es cosa peregrina
*ni la extrañará la gente,
*porque en el siglo presente
*todos saben medicina.
*¿Lo dudas? Dí que te aprieta
*un dolor en cualquier parte,
*en cuanto te oigan quejarte
*ya verás cuánta receta.
*Y ten por averiguado
*que si hay allí algún galeno
*será el único que ajeno
*á tu mal se esté callado.

ISABEL *Sí; y por eso mi marido,
*como también es doctor,

*se hace el sordo á mi dolor
*en sus ciencias embebido.

HERM. *¿Tanto sufres?

ISABEL *Claro está.
*Mi sueño de enamorada
*que hacía mi unión ansiada
*voló, por desgracia, ya.

HERM. *Pero eso tiene remedio,
*y yo remediarlo fío;
*yo no quiero que tu hastío
*llegue á convertirse en tedio.

ISABEL *Difícil es.

HERM. *¡Qué tontera!
*La cosa es muy natural.
*Fernando es bueno, leal,
*y te adora á su manera.

ISABEL *No lo creo.

HERM. *Yo te abono
*que Fernando es un buen chico.

ISABEL *¡Si es capaz de darme un mico
*por irse á estudiar un mono!
Su afición grande al trabajo...

ISAB. Me resulta insoportable;
¿te parece tolerable
verle estudiar á destajo,
pasándome horas enteras
aburrida en el salón,
y él en esta habitación
con cinco ó seis calaveras?

HERM. Pero, niña, ¿es eso cierto?
¡Fernando de chirigota!

ISAB. No; de eso no entiende jota,
son calaveras de muerto.

HERM. ¡Ah! Ya; pues nada, Isabel,
tomo el asunto por mío,
y créeme, yo te fío
que arreglaré esta Babel.

ISAB. ¡Dios lo quiera!

HERM. Es necesario
que se acaben los deslices.
Para que vivais felices,
los huesos mando al osario,
los libros por el balcón
y los monos no irán mal

con el conde del Moral
á cualquier exposición.
Déjame á mí dirigir
el ataque y triunfaremos.
No lo dudes.

ISAB. Ya veremos.
¡Qué bien has hecho en venir!

HERM. Cuando venga el enemigo
tú en tu cuarto, ó con tu esposo,
y ese conde primoroso
ya se entenderá conmigo.

ESCENA IV

DICHAS y FERNANDO

FERN. Aquí me tenéis.

HERM. ¡Qué pronto!

FERN. ¿He tardado?

HERM. No, en verdad,
y me temo que hayas hecho...

FERN. ¿Qué?

HERM. Visita de hospital:
llegar y besar el santo.

FERN. No; llegar y recetar.

HERM. Bueno, ¿y qué tiene esa chica?
¿Es cosa de gravedad?

FERN. Pues yo creo que hay de todo.

ISAB. ¿Quién es la enferma, mamá?
(Fernando se dirige á la mesa y empieza á hojear y leer distintos libros.)

HERM. Una antigua amiga tuya:
Carolina Montemar.

ISAB. ¡Carolina! Voy á verla,
puesto que tan mala está.

HERM. Espera, después iremos,
me voy primero á enterar;
dime, Fernando; ¡pero hombre!
(Al ver que Fernando está completamente embebido en los libros.)
¿Ya estás dale que le das
*otra vez con los librotes?

FERN. *El tiempo es oro, mamá.

HERM. *¡Qué tiempo ni qué ocho cuartos!
*Con tanto y tanto estudiar
*acabarás por chiflarte
*si acaso no lo estás ya.

FERN. *Vamos, no digas tontunas,
*¿qué me ibas á preguntar?

HERM. *Que qué tiene Carolina.

FERN. *Tiene una afección moral,
*y cuando se habla del alma
*el médico se echa atrás.

HERM. *Pues lo que el médico atrase
*lo pienso yo adelantar.

FERN. *¿Quién sabe lo que se esconde
*detrás de esa enfermedad?

HERM. *Pues mira, puede que sea
*un drama matrimonial.

FERN. *Un drama parece mucho,
*pero un idilio quizá.

HERM. *¿Un idilio? Tú no sabes
*de la misa de mitad.

ISABEL *Carolina es una mártir
*de un marido sin igual.

FERN. *Me ha contado mil horrores
*que ha pasado, y además,
*parece que ese marido
*no la hace caso.

HERM. *¿Es verdad?
*Pues mira, á mí me parece
*que eso se debe pegar,
*pues sé de algunos que tienen
*vestidos de ese percal.
*(Fernando está completamente distraído con los li-
*bros.)

ISABEL *¿Tú creerás que te está oyendo?
*Pues no te escucha, mamá.

HERM. Déjame con él, y vete
mi habitación á arreglar.

ISAB. Mamá, compón á mi esposo,
porque esto ya es por demás.
(Vase derecha segun lo término.)

ESCENA V

DOÑA HERMINIA y FERNANDO

HERM. (Se acerca á la mesa, y apoyando los codos sobre la misma, se queda mirando á Fernando).
Oye, ¿estás de conferencia
con algún orangután?
FERN. ¡Mamá!
HERM. Tú harás que me enfade.
Que me enfade de verdad.
FERN. Pues no veo la razón.
HERM. Yo te la voy á explicar:
No dudo que eres un sabio,
estudiando más y más
las arañas, los mosquitos,
el mochuelo y el caimán;
mas, pensando en los misterios
de la Historia Natural,
olvidas la asignatura
que á tí te interesa más.
FERN. Es que hay muchas ciencias, que
no son mi especialidad.
HERM. Tienes razón, hijo mío,
tú eres en todo especial.
(Aproximándose á la ventana que se supone da al jardín.)
Tú tienes nervios.
FERN. Motores
y sensitivos, mamá.
HERM. *No lo dudo, pero creo
*que no los quieres usar.
FERN. *Tengo miedo á la neurosis,
*la terrible enfermedad
*de los actuales humanos,
*que teniendo que luchar
*con el sistema nervioso
*no tienen ni nervios ya.
HERM. ¿Y hay algún remedio cierto
para poder excitar
los nervios?
FERN. Le hay infalible.

HERM. ¿Cuál es?

FERN. La electricidad.

HERM. Menuda descarga eléctrica
te voy á proporcionar.
¿Aquel joven será el conde?

FERN. Sí, desde ahí se le verá.
Dime, Isabel ¿dónde fué?

HERM. Ha bajado á saludar
á ese señor.

FERN. ¡Pobrecilla!
¡Qué pronto se aburrirá!

HERM. (Con las manos apoyadas en el marco de la ventana y mirando por ella.)
¿Aburrirse? No lo veo.
¡Qué manera de charlar!

FERN. La contará mil sandeces
del Veloz Club ó del Real.
La compadezco á Isabel.

HERM. (¡Tú si que lástima das!)
Debe haber gran confianza
entre los dos.

FERN. Sí que habrá.

HERM. Yo lo digo, porque ahora
cogidos del brazo van.

FERN. Porque el conde es muy galante.

HERM. (Y con ella mucho más.)
Entran en el cenador.

FERN. Allí hay flores por demás.

HERM. Pero, ¡Dios mío! (Dando un grito.)

FERN. ¿Qué ocurre?

HERM. ¡Pues que la quiere abrazar!

FERN. (Levantándose precipitadamente y lanzándose á la ventana.)
¡Canario! ¿Qué estás diciendo?

HERM. Si tu mujer está allá,
(Con sorna y señalando la puerta opuesta á la ventana.)
ha sido sólo una broma.

FERN. (Dando un suspiro de satisfacción.)
¡Caramba! ¡Qué bromas das!
(Aparece Isabel por la puerta indicada.)

ESCENA VI

DICHOS é ISABEL

ISAB. ¿Qué pasa que estás gritando?
FERN. Pues cosas de tu mamá.
HERM. No, hija mía, de tu esposo,
que es de lo más especial.
FERN. Acércate aquí. (A Isabel.)
ISAB. ¿Qué quieres?
HERM. (Yo bien sé lo que querrá.)
Quiere estudiar un caracter
de la Historia Natural.
FERN. Ahora te has equivocado,
no pensaba en estudiar.
ISAB. ¿Pues cuál era tu deseo?
FERN. Abrazarte, y nada más.
ISAB. Y este abrazo, ¿á qué obedece?
¿A qué obedece, mamá?
HERM. Creo que es el interés
de un antiguo capital
que te debe tu marido.
ISAB. No lo entiendo, ¡la verdad!
FERN. Oye, querida Isabel,
yo te lo voy á explicar:
tu madre acaba de darme
un susto piramidal;
y al verte fué tal mi dicha
y tal mi felicidad,
como si después de muerta
te viera resucitar.
HERM. Dije que estabas enferma
para que te cuide más.
ISAB. Pues mira, enferma no estoy,
pero aburrida sí tal;
y si ya no estoy en cama
es por la buena amistad
que me profesa tu amigo.
HERM. ¿Quién? ¿el conde del Moral?
ISAB. ¡El mismo! ¡Qué cariñoso!
¡Qué fino! ¡y qué atento está!
Entiende de todo, y tiene

un trato nada vulgar.
(Reparando en doña Herminia, que hace un gesto de desagrado.)
¿Por qué pones esa cara?
¿Es que te enfadas, mamá?

HERM. Hija, no; pienso en los monos
en poderlo remediar.
(He estado muy oportuna
en venirme por acá.)
Dime, el conde ¿no se aburre
cuando le hacen esperar?

ISAB. No lo creas, si me trata
con franqueza sin igual,
y tiene mucha paciencia.

HERM. (Paciencia de gavilán,
yo le cortaré las uñas.)

ISAB. ¿Dime, Fernando, no vas
esta tarde de paseo?
¿Es que estás malo?

FERN. No tal.
Pienso salir.

ISAB. Pues me alegro.

FERN. (¿Por qué me querrá alejar?)
¿Y porque me voy te alegras?

ISAB. ¿No sabes por qué? Verás:
quiero que salgas de casa
porque dejes de estudiar;
porque no quiero que enfermes,
porque quiero...

HERM. ¡Basta ya!

ISABEL *Yo quiero que le dé el aire.

HERM. *El aire no le dará;
*mas yo lo veo tan fresco.

FERN. *Cual si yo fuera á enfermar
*estáis las dos disputando
*y estoy tan bueno.

HERM. *¡Es verdad!
*Todo en tu cuerpo funciona
*de una manera normal;
*si todo igual estuviera
*era una felicidad,
*pero el cerebro ya es
*harina de otro costal.

ISABEL *Vamos, ¿no te vas, Fernando?

FERN. *Pero, caramba, qué afán
*tiene mi esposa en echarme.
HERM. *Vamos, hombre, vete ya,
*pues si no lo haces me temo
*que ella es la que va á enfermar.
FERN. *Ya me voy.
ISAB. *¡Gracias á Dios!
*por hoy ya no estudias más.
¡Piensa en mí!
FERN. Vamos, tontuela.
¿Pues en quién he de pensar?
(Vase Fernando.)
ISAB. Voy á cambiar de vestido.
Espérame aquí, mamá.
(Vase Isabel.)

ESCENA VII

DOÑA HERMINIA

*Pues señor, aquí hago mucha
*pero muchísima falta.
*Si no vengo tan á tiempo
*esta chica se resbala.
*Hay que obrar con energía,
*y lo que sea que salga.
*(Tirando del cordón de la campanilla.)

ESCENA VIII

DOÑA HERMINIA y JULIA

JULIA ¿Me llamaba la señora?
HERM. Sí, hija mía; te he llamado,
porque aquí solas las dos
quiero que hablemos un rato.
Dime todo cuanto sepas
de ese señor que está abajo.
JULIA ¿Quién? ¿El Conde del Moral?
Es un señor muy simpático,
es muy fino y muy rumboso,
y sobre todo muy guapo.

HERM. *(¡Malo! ya veo que el Conde
*tiene mucho adelantado.)
*¿Y el señor, qué tal se porta?

JULIA *Es imposible aguantarlo:
*sólo le gusta el desorden,
*y aquí de nada hace caso,
*de su mujer no se ocupa,
*pasa la vida estudiando;
*toda la casa está llena
*de animales disecados,
*y si algo se le pregunta
*no contesta.

HERM. *(¡Malo! ¡Malo!
*El enemigo está en casa,
*hay que andar con gran cuidado.)
*¿Y la señora qué dice
*al ver lo que está pasando?

JULIA *Nada dice, pero yo
*muchos días he notado
*que sola en su gabinete
*pasa las horas llorando.

HERM. *Pues no veo la razón,
*ni es la cosa para tanto.

JULIA *¿Con que no es razón bastante
*que aquí nadie la haga caso?
*Gracias á que el señor Conde
*se sacrifica.

HERM. *(Con ironía.) ¡Pues claro,
*un sacrificio muy grande!
*(¡Ya verá él la que le guardo!)

JULIA *Viene aquí, y en el jardín
*suele pasar muchos ratos,
*y otras veces que se aburre
*ese señor, es tan llano,
*que cuando me ve me llama
*y nos estamos jugando.

HERM. *Jugando, ¿eh?

JULIA »Sí, señora,
*con el volante y los aros.

HERM. *(Aros no, grillos bien fuertes
*son los que yo le preparo.)
*Julia, desde este momento
*todo eso aquí ha terminado.
*¿está el Conde en el jardín?

JULIA *Sí, señora, paseando.
HERM. Bueno, vamos á empezar;
esto es preciso arreglarlo,
tráeme en seguida una cofía
y un delantal. (Los saca de la lateral derecha.)
JULIA Voy volando.
Aquí tiene usted.
HERM. Muy bien.
Ayúdame á colocarlo.
(Se pone ambas cosas doña Herminia.)
Desde este mismo momento
te duplico yo el salario
con tal de que no me olvides
nada de lo que te encargo.
Ahora bajas y le dices
á ese tonto que está abajo
que suba cuando le plazca,
porque aquí lo está esperando
la nueva ama de gobierno
que esta mañana ha llegado.
*(y no miento si lo afirmo,
*que voy pronto á demostrarlo,
*porque voy á gobernar
*lo que está desgobernado.)
*Anda, Julia, avísale,
*que suba ese Sardanápalo.
JULIA *En estas habitaciones
*muy pocas veces ha entrado.
HERM. *Vamos, veo que á ese Conde
*de fijo habrá que premiarlo;
*hace como los gorriones
*con el pájaro enjaulado,
*que desde fuera le comen
*el trigo que le da el amo.
JULIA *Conque señora, ¿le aviso?
HERM. *En seguida: aquí le aguardo.

ESCENA IX

DOÑA HERMINIA

Si Dios no me da paciencia
cuando lo tenga á mi lado,
creo que el sietemesino

se gana algún arañazo.
*Y el infeliz de mi yerno
*en el estudio empapado
*se ocupa sólo del mono
*y se olvida del leopardo.

ESCENA X

DOÑA HERMINIA y el CONDE DEL MORAL

CONDE — ¿Se puede entrar?
HERM. — Sí, señor.
CONDE — Señora...
HERM. — Siéntese usté.
(¡Qué tipo de seductor!)
CONDE — Quiere usted hacer el favor
de explicarme...
HERM. — Así lo haré.
CONDE — *Cuando en el jardín me hallaba
*una criada bajó
*que un recado me llevaba;
*dijo que aquí me esperaba
*una señora.
HERM. — *Soy yo.
*Y esto á explicarme me obliga.
*Lo he mandado á usted llamar,
*aunque yo no soy su amiga,
*porque me daba fatiga
*hacerle tanto esperar.
CONDE — *Gracias.
HERM. — *Y bien sabe Dios
*que no me pesó el hacerlo,
*pues voy de un deseo en pos:
*quiero que hablemos los dos;
*por eso quería verlo.
CONDE — *Lo encuentro muy natural.
HERM. — *(¡Qué cara tiene de pillo!
*No haremos los dos muy mal
*una fábula moral.
*La comadreja y el grillo.)
Señor conde, yo he llegado
esta mañana á esta casa,
y al ver el plan empleado

por usted, dije al contado,
pues ya sé yo lo que pasa.

CONDE. ¿Plan empleado por mí?
No lo entiendo, la verdad.

HERM. Acerté en cuanto le ví.

CONDE. Pero...

HERM. Usted no viene aquí
tan solo por amistad.
Vamos, ¿verdad que acerté?

CONDE. Pero señora, ¡por Dios!

HERM. ¡A que me lo niega usted!
¿No ha conocido usted que
yo tengo vista por dos?
*Muy mal camino ha emprendido;
*no tenga usted esperanza
*si lo veo retraído;
*tiene usté el pleito perdido
*al perder mi confianza.

CONDE. *(Me da miedo esta mujer
*y yo no sé cómo hablarla,
*porque tendría que ver
*que la entere sin querer
*y me venda con su charla.)
Es que no sé qué decir..
No es que desconfíe, no.

HERM. ¿Quiere usted hacerme reir?
¡Me viene usted á mentir!
¡A una mujer como yo!
*Si yo veo natural
*todo lo que usted intenta.

CONDE. *Pues, señora, ve usté mal.

HERM. *(Se las echa de formal
*y no me sale la cuenta.)
*Es usted desconfiado,
*y créame que lo siento,
*pues saldrá perjudicado.

CONDE. *Señora, se ha equivado,
*créame usted que no miento.

HERM. *Pues le voy á demostrar
*que no estoy equivocada.
Usted viene á conquistar
á la dueña de este hogar
de su esposo abandonada,
y usted bien puede seguir

el plan que ya se trazó;
mas será para sufrir,
pues si algo ha de conseguir
ha de ser queriendo yo.

CONDE Y aun suponiendo que hubiera
lo que usted quiere expresar;
que yo una intención tuviera
explicarme yo quisiera...

HERM. Yo se lo voy á explicar.
(Ya la píldora se traga.)
Y lo irá usted comprendiendo;
sólo el dinero me halaga;
le sirvo á usted si me paga,
si no me paga lo vendo.
(¡Que no se escame, Dios mío!)
Vamos, ¿qué decide usté?
(Hablar así me da frío.)

CONDE Pues sí señora, ¡me fío!
y á usted me entrego.

HERM. (¡Triunfé!)
Me alegra verle á usté así;
ya sabe que soy su amiga.
Ahora, mientras se halle aquí,
sólo hará caso de mí
y hará cuanto yo le diga.
Formemos, con buen sentido,
un plan.

CONDE Pero de los buenos.
Diga usted.

HERM. Tengo advertido
que se ha escamado el marido.

CONDE Si el marido es lo de menos.

HERM. ¿Cómo lo de menos?

CONDE Sí.

HERM. Pues lo dice usted muy pronto,
que yo no lo creo así.

CONDE Ella es quien me importa á mí,
porque el marido es un tonto.
Ella me tiene afición
y me ha dado pruebas de ello.

HERM. (A que le retuerzo el cuello
como si fuera un pichón.)
Creo no está usté enterado
de lo que piensan de usté.

CONDE Fernando es muy confiado.
HERM. Está usted equivocado,
y yo se lo probaré.
CONDE Fernando me estima.
HERM. ¿Sí?
No se haga usté esa ilusión;
si ahora que estamos así
entra el señorito aquí,
sale usted por el balcón.
Con usted tiene un agravio,
lo tengo bien advertido,
y nunca mintió mi labio.
CONDE Creí que era solo sabio
y me resulta marido.
HERM. Además, nos han mandado
que usted nunca suba aquí,
¿pero usted no lo ha notado?
CONDE Si yo de él no me he ocupado,
solo me ocupé de mí.
HERM. Solo en mí confiará,
por las razones expuestas
y usted se convencerá,
y todo se arreglará.
(¡Ay! hija lo que me cuestas.)
CONDE Pues bien, yo en usté confío,
empecemos en seguida.
HERM. (Pues señor, éste es un tío
de padre y muy señor mío.)
Ganaremos la partida.
CONDE En fin, vaya usté ordenando,
que haré todo cuanto quiera.
HERM. Pues ya se está usted marchando.
(Aparece en la puerta la criada como azorada.)
JULIA El señorito Fernando
sube ya por la escalera.
CONDE ¡Dios mío! y ahora ¿que haré?
HERM. Tenga usted serenidad.
CONDE ¿En dónde me meteré?
HERM. Hombre, yo lo salvaré
con toda seguridad.
Pase usté á mi habitación;
Yo me encargo de arreglarlo.
*(Si tú vieras mi intención.)
CONDE *Gracias por su protección.

HERM. *Pero tengo que encerrarlo.
CONDE *Señora, lo que usted quiera.
*¡Qué va á pasar, Dios bendito!
HERM. *Pase usté á la ratonera.
*(No sabes la que te espera;
*qué cobarde es el delito.
*(Entra en la habitación dejando el sombrero.)
*Ya tengo el gato encerrado,
*este ya bastante tiene.
*Ya está todo preparado,
*veremos el resultado,
*y lo que sea que suene.
(Vanse foro Herminia y Julia.)

ESCENA XI

FERNANDO que al entrar queda mirando al jardín.

Allí está displicente, ensimismada,
fruncido el labio de encendida rosa
y perdida en el eter la mirada...
La miro... y me parece más hermosa
al saber que es por otro codiciada.
Ella viene; me marcho; no; la espero
por salir de esta angustia que me oprime,
y si duda de mí, probarla quiero
que también es mi amor grande y sublime,
que si acaso faltó la poesía
á los toscos conceptos del amante,
es suya por entero el alma mía;
y el deseo constante
de mi amor todo luz, todo armonía,
es continuar tras ella eternamente
como va tras el mar el manso río
que arrastra la dulcísima corriente
salpicando las flores de rocío.

ESCENA XII

DICHO é ISABEL

FERN. ¡Isabel!
ISAB. ¡Hola, Fernando!
si no te estorbo me siento.

FERN. No tal, en este momento
sólo en tí vine pensando.
ISAB. Me halaga la distinción
y me llena de alegría,
pero si por culpa mía
no estudias bien la lección,
dí, ¿qué disculpa la ofreces
á esa tu ciencia galana,
si has perdido la mañana
para pensar en sandeces?
FERN. Mal el sarcasmo se ajusta
á esa boca encantadora.
ISAB. ¿Reparas en ella ahora
y confiesas que te gusta?
Pero estás empecatado;
te pones en evidencia;
¿tal dices, hombre de ciencia,
al quinto mes de casado?
FERN. Pero si lo siento así,
si tu hermosura me encanta.
ISAB. Pues mira, chico, me espanta
que lo digas por ahí.
*Tú que eres un hombre serio
*debes cumplir tu deber,
*pensar más que en tu mujer
*en los tiempos de Tiberio.
FERN. Tal ligereza me enoja
y la tengo merecida,
yo quiero cambiar de vida.
ISAB. Pues bien, doblemos la hoja.
Yo á tus deseos me allano.
FERN. No quiero ser sabio ya.
ISAB. ¿Pues qué vas á ser?
FERN. Quizá
vaya á ejercer de tirano.
ISAB. ¡Qué horror!
FERN. Lo seré en virtud
del amor que te profeso.
ISAB. Jamás oí decir eso
que amor es esclavitud.
FERN. Pero... (me declaro al fin).
Pero no cuando hay un Conde
del Moral.
ISAB. Celos esconde
la pregunta.

FERN. ¿Y el jardín?
ISAB. Allí sobre verde alfombra
se pasa un rato ideal.
FERN. No arrimándose al *Moral*,
que tiene muy mala sombra,
porque en sus ramas enreda
ese funesto capullo
que es de los hombres orgullo...
el gusano de la seda.
Y al moral que por desidia
no ha del de seda la cama
le devora rama á rama
el gusano de la envidia.
Y aunque parecen lozanos
todos sufren igual mal;
¡está escrito que el moral
sea botín de gusanos!
ISAB. Tu receta es exquisita
y tu ciencia me enamora,
mas la mancha de la mora
con otra verde se quita.
Y una pasión despreciada
suele tener en su seno
el brote fecundo y lleno
de otra nueva y más preciada.
*Que existe, afirma en verdad
*autor de mucha experiencia,
*en el pecho de la ciencia
*el cáncer de la impiedad.
*No sé si siempre lo mismo
*á tal efecto conduce,
*mas por lo menos produce
*una erupción de egoismo.
*Abismo á cual más profundo
*malos son ambos á dos,
*porque el uno ofende á Dios
*y el otro molesta al mundo.
*Ví luchando sin cuartel
*tu amor, á mí y á la ciencia,
*de esta última á la influencia
*resultó vencido aquél.
*Si tengo derecho ignoro
*á vengarme sin tardanza,
*pero no encuentro venganza

*sin que se aje mi decoro.
Y esto te libra, Fernando
de la pena del Talión,
aprovecha la lección
y continúa estudiado.
(Medio mutis.)

FERN. Oyeme un solo momento
ISAB. Temo estorbarte.
FERN. Isabel,
esa palabra cruel
no viene bien con tu cuento.
Permite que me defienda
de tu acusación fundada.
*Hay la costumbre arraigada
*de presentar una ofrenda
*al santo que cree mejor,
*el alma fiel y devota
*como prueba que denota
*el exceso de su amor.
*Y era desde que te ví
*la ciencia que acumulaba,
*un tesoro que guardaba
*para ofrecértelo á tí.
*Y hoy con profundo pesar
*que hace á mis ciencias agravio,
*veo que el llegar á sabio
*no es modo de enamorar.
Lo que un hombre necesita,
y toda otra ciencia es rancia,
es llevar con elegancia
el cuello de pajarita;
en el ojal un clavel;
un blanquísimo botín;
y resulta un serafín
que no hay quien pueda con él.
ISAB. Tu lógica me enamora.
Pero ven acá, Fernando.
¿De qué te estás extrañando
ni á qué ese sermón ahora?
¿Hay, dime, nada mejor
que el deseo de agradar
para poder inspirar
en otro ser el amor?
Y extraño que con tu ciencia

aprender no hayas logrado
esto que á mí me ha enseñado
mi poquísima experiencia.

FERN. (Cogiendo el sombrero del suelo.)
¡Ah! Un sombrero aquí caído.
¿De quién es?

ISAB. Según infiero,
si se ha dejado el sombrero
de alguno muy distraído.

FERN. ¡Basta! Comprendo por fin
lo que ocurre por mi mal;
consecuencia natural
de tu afición al jardín.
Pero yo me lo he buscado
y á mí mismo me desprecio,
sino hubiese sido necio
no sería desgraciado.
No te culpo.

ISAB. No hay por qué.

FERN. Muy cómoda es tu conciencia.

ISAB. Menos que oscura tu ciencia.
Pues aunque mira no ve.

FERN. ¡Isabel!

ISAB. He concluído.

FERN. Harás que de furia estalle.

ISAB. ¿Qué quiere usted, que me calle
sus celos, señor marido? (Llora.)

FERN. *Basta ya de fingimiento,
*si en casa Moral se esconde
*yo le enseñaré á ese Conde...

ISABEL *¡Sufre! ¡Bendito tormento!

ESCENA XIII

DICHOS. DOÑA HERMINIA

HERM. ¿Qué ocurre, á qué ese alboroto,
*te has vuelto loco Fernando
*si ya te he dicho mil veces
*que tanto estudiar no es sano?
*¿Pero decidme qué pasa
por qué está Isabel llorando

y tú estás con aire fosco
y ese sombrero en la mano?

FERN. Porque este sombrero dice,
y por desgracia muy alto,
que aquí hay un hombre escondido
y no me parece extraño
suponer que el que se oculta
debe ser por algo malo.

HERM. Pues bien, tienes mil razones...
en parte no más, ¿estamos?
Quizás os parezca absurdo
lo que sucede á mis años;
pero el conde del Moral
os dirá lo necesario,
*y quedareis convencidos.
*tú, marido más que extraño
*de que tu conducta rara,
*y estudios tan continuados,
*no pueden tener buen fin.
*Me entiendes bien, ni aún contando
*conque Isabel es muy buena
*y también quedará en claro
*lo que el Conde del Moral
*persigue por estos campos.
(Dirigiéndose a la habitación.)
Señor conde, salga usted.

CONDE ¡Señora!... ¡Isabel!... ¡Fernando!... (Saliendo.)

ESCENA XIV

DICHOS. CONDE

FERN. Espero una explicación
del todo satisfactoria.

HERM. Yo referiré la historia
para tu satisfacción.
El señor conde, presente,
cual firme y rendido amante,
me ha perseguido constante
con un cariño ferviente.
Yo, como mujer madura,
siempre he opuesto algún reparo,
por no fiarme, está claro,
de su amor de criatura.

Pero él, que nada respeta,
impávido me acomete
con un ramo ó un billete,
un palco ó una tarjeta.
A sitio tan sin igual
y amor tan constante y fiel
no pongo cara de hiel,
aunque me parezca mal.
Y él toma mi cortesía
con aires de seductor,
porque me ha rendido amor
á su amorosa porfía.
Ha estado usté inconveniente,
y créame que lo siento,
me servirá de escarmiento
un caso como el presente.
Pero al presentarse aquí
y ocultarse decidido,
ya que me ha comprometido
debe hacer algo por mí.

CONDE ¡Señora... yo... la verdad!...
FERN. ¡Mamá, tu cuento es muy raro!
HERM. Pero no pondrás reparo
á mi gran veracidad.
FERN. Líbreme Dios de tal cosa,
aunque el asunto es obscuro.
HERM. Fernando, yo te aseguro
que es inocente tu esposa.
ISAB. Yo á tal justificación
no debo descender, cuando
sabe muy bien Fernando
que es suyo mi corazón.
CONDE En buen lío estoy.
HERM. ¡Prudencia!
CONDE ¿Cómo saldré del conflicto?
¡Estoy confeso y convicto!
¡Sólo falta la sentencia!
HERM. Pues nuestra es la culpa toda,
es justo que la paguemos;
así, pues, señalaremos
el día de nuestra boda.
CONDE ¡Nuestra boda!
HERM. ¡Claro está!
CONDE ¡Señora, por Belcebú!

HERM. No, llámame tú por tú.
ISAB. ¡Mi enhorabuena, mamá!
FERN. Señor conde, yo me alegro
de enlace tan seductor,
que me conduce al honor
de tenerle á usted por suegro.
CONDE ¡Señora!... ¡Reconocido!...
¡Yo... tendría que pensar!...
HERM. No se haga usted de rogar,
ó cuento todo al marido.
CONDE ¡Eso no! Acepto, señora,
con un gran placer su mano.
¡Ay, amor... amor tirano,
y cómo me has puesto ahora!
HERM. Muy bien: ya se terminó
la historia actual.
CONDE ¡Dios eterno!
¡Vaya un ama de gobierno,
cómo me desgobernó!
Me ha engañado como á un chino
cuando menos lo esperaba;
¡y yo que me figuraba
que era un punto filipino!
FERN. Conque á casarse, á casarse.
CONDE Es decir, al matadero.
HERM. No sea usted majadero,
que todo puede arreglarse.
(¿Renuncia usted al consorcio
que buscaba usted aquí?)
CONDE (¡Renuncio, lo juro, sí!)
HERM. Pues bien, hijos, me divorcio.
Mas ya que mi cuerpo viejo
no se casa, en su lugar
á todos os voy á dar
un sanísimo consejo.
(A Fernando.)
Tú no sigas estudiando,
porque ya sabes bastante;
dedícate como amante
á tu mujer, olvidando
de los estudios la traza;
mira bien por dónde vas,
y ocúpate un poco más
del porvenir de la raza.

FERN. Aceptada la lección;
ya la ciencia ha dado fin,
ahora mismo echo al jardín
los libros por el balcón.

HERM. *(A Isabel.)
*Todo al cabo llegará;
*si te aburres cómprate
*un rubicundo bebé
*que diga papá y mamá.
(Al Conde.)
Y usted... usted, señor conde,
tenga siempre muy presente:
el que oculta malamente
lo que su apellido esconde,
no tiene muy merecido
ese nombre que usufructa,
y mude usted de conducta,
ó cambie usted de apellido.
*Modifique su actitud;
*su nombre señor Moral,
*le sentará á usted muy mal,
*si no ejerce la virtud.
*Que sus nobles ascendientes
*tendrán terrible disgusto
*si se aparta de lo justo
*hijo de hombres tan prudentes.
*Pues fué de honradez señuelo
*y galardón apreciado
*ser por el rey titulado
*de primer Moral su abuelo.

CONDE *No viene el Moral por esas
*virtudes tan seductoras
*sino de uno que da moras.

HERM. *(Y podía dar camuesas.)

FERN. Siempre contigo, Isabel.

ISAB. Siempre á tu lado, Fernando.

FERN. Siempre contigo gustando
del amor la dulce miel.

CONDE ¡Bonita es mi situación!
¿Qué hago yo?

HERM. Tener paciencia
é ir á recoger la ciencia
que hay al pie de ese balcón.
Y tú, doctor, bueno fuera

que no te hubieras curado;
gracias á que yo he llegado
haciendo de curandera.

ISAB. Y queda probado ya,
que, aunque el trance sea duro,
es de un efecto seguro
LA RECETA DE MAMÁ.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.
